

Princesas a mí...

Álvaro Pedroche Arcones

***Princesas a mí...***



**Álvaro Pedroche**

# Capítulo 1

## Capítulo 1

En un reino lejano, muy lejano, allá donde el horizonte se mezcla con las montañas, y el mar se vierte sobre las esponjosas nubes... —*está bien, no se me ocurría ningún nombre para el reino, pongamos... ¿Wonderland? No, espera, ese está pillado. ¡Kaoli! ¡Me gusta!* —En el reino de Kaoli, en una pequeña y humilde cabaña de madera con techo de paja, vivía Claire, una hermosa joven de cabello dorado y tez blanca, junto a su marido Walter y su perro Scott.

Como cada día, Claire se levantaba con los primeros rayos de sol, se vestía, y preparaba el desayuno para su marido, al que tanto quería. En esa ocasión, la joven, sin motivo alguno más que el profundo amor que sentía por Walter, el desayuno fue especial: dos tostadas con mermelada y la mejor mantequilla de todo Kaoli, un par de huevos revueltos con bacon, y un buen tazón de café con leche.

Al terminar, Claire se quedó contemplando su obra culinaria antes de colocar escrupulosamente los cubiertos sobre la mesa. Cuando parecía estar todo listo, algo le decía que no era suficiente. En ese momento escuchó que Walter empezaba a desperezarse con sus matutinos sonidos guturales y... bueno, no tan guturales.

La muchacha se apresuró a salir al jardín para recoger unas flores y dar el último toque de gracia a la mesa que con tanto amor se merecía su queridísimo marido.

Cuando Walter entró en el comedor, Claire se recolocaba su cabello tras las orejas, y con las manos tras su espalda y los pies juntos, le regaló la más dulce de las sonrisas.

—Buenos días amado mío.

Walter, que aún seguía rascándose sus generosas posaderas, miró a Claire con indiferencia, después sus ojos se posaron en el manjar que acababa de prepararle, y cuando la joven esperaba con ansias su merecido cumplido por el madrugón que se acababa de dar y por el trabajo que le había llevado preparar todo aquello, Walter se sentó en la silla y comenzó a engullir todo lo que había delante de él sin decir palabra. Claire sabía que no se había dado cuenta, y que en cuanto reaccionara se lo agradecería. Aún así, se quedó frente a él los pocos minutos que duró el espectáculo. —*Y digo espectáculo porque ver comer a aquel orangután (con todos mis respetos a ese precioso animalito) era digno de admirar. La comida permanecía en su boca menos de dos segundos, momento en el que podían pasar dos cosas: Que pasara por el gástrico directamente al*

*estómago apenas sin masticar, o que se desperdigara por toda su barba, que hacía las veces de babero—.*

—¿Y el zumo? —preguntó sin mirar a Claire.

Claire se puso pálida de golpe. Sabía que se había olvidado de preparar un zumo de naranja.

—Dame dos minutos y te lo sirvo.

—Déjalo, ya da igual. He terminado— gruñó el hombre antes de salir de la casa dando un portazo que hizo tambalearse los cimientos de la vivienda.

—¡Qué tonta has sido Claire! ¿Cómo se te ha podido olvidar el zumo?  
—dijo entre lágrimas la joven muchacha.

*Antes de continuar quiero hacer un pequeño inciso para que os situéis: Claire y Walter se conocieron hace cinco años, cuando ambos tenían tan sólo quince. Después de un año de novios, Walter le pidió matrimonio (sí, en Kaoli todos van así de rápido), y ella, enamorada hasta las trancas, aceptó sin pensárselo dos veces. Entonces, cuando la madre de Claire murió, la pareja heredó la casa en la que ahora viven. Desde ese momento Walter cambió...bueno la verdad es que no. Siempre había sido así. Que no digo que no estuviera enamorado de Claire, pero la educación en aquellos tiempos y reinos lejanos, no dejaban demasiado protagonismo a las mujeres. Y dicho esto, prosigamos.*

—Toma Scott, tu comida. —dijo Claire mientras ponía en un cuenco de metal unas sobras del día anterior.

El enérgico can se acercó a la chica meneando la cola con ímpetu y con una sonrisa de oreja a oreja. —*no sé si los perros sonríen o no, pero Scott estaba tan agradecido, que apuesto a que él sí lo hacía—.*

—Buen chico, buen chico —respondió a su gesto acariciándole detrás de las orejas, justo donde más le gustaba.

Se podría decir que Scott era el *alter ego* de Walter, o mejor dicho, el ego que Claire quería que tuviera su esposo.

Mientras su peludo amigo terminaba de desayunar, ella tiró los restos de comida que había dejado Walter por toda la mesa, y se preparó para su jornada.

Walter era cazador, y pasaba todo el día fuera de casa en busca de buenas piezas que pudiera vender después en el mercado. Aunque esa era su única fuente de ingreso, a Claire no le gustaba que matara animales. Al

fin y al cabo también son seres vivos, pensaba para ella misma.

La casa siempre estaba de punta en blanco, y es que era lo único que podía hacer. No estaba bien visto que las mujeres salieran de sus casas, pues quería decir que no se estaban dedicando a su familia. Puede sonar raro, pero al fin y al cabo su amor era tan grande por su marido, que merecía la pena.

En un armario que había construido su marido con la madera de un pequeño árbol que taló de su jardín porque no le gustaba cómo quedaba, había una vieja escoba hecha con un palo de madera y un manojo de retamas.

Cada vez que la veía, se acordaba de aquella famosa joven que vivió un tiempo acompañada de siete diminutos seres. Recordaba cuán feliz era preparando la casa para que cuando sus pequeños amigos volvieran de la mina, estuviera todo ordenado y limpio. En el fondo Claire quería ser como ella, mostrarse radiante y cantarina, hablar con los pajaritos y otros animales del bosque mientras hacía sus tareas, y no mostrarse jamás débil ante los demás.

De vez en cuando ella hablaba a Scott, pero él lejos de contestarla, la babeaba de los pies a la cabeza. Y lo de cantar... digamos que no era una de sus virtudes.

Después de comer un cuscurro de pan mojado en leche, pues sólo había un filete y se lo quería guardar a su querido, aprovechó para dormir un poco con Scott a los pies de la cama.

De pronto la puerta sonó. Era Walter, que venía contento como unas castañuelas. Había tenido un buen día de caza, y lo celebró por todo lo alto con sus compañeros en la taberna. —*léase que venía como una verdadera cuba*—.

—Cariño, hoy la cena la hago yo— dijo mientras se tambaleaba y dejaba un puñado de codornices sobre la mesa.

Claire le miraba con admiración. Su querido marido ha cazado todo eso con sus propias manos. Cogió una de las aves y empezó a prepararla aún odiando con todas sus fuerzas desplumar a esa pobre criatura. Al fin y al cabo, cuando Walter dijo que la cena la hacía él, se refería a: Toma, aquí tienes esto, ahora hazme un buen plato, y rapidito.

Walter acabó con la cena en menos que canta un gallo, y se tumbó en la cama para reposar los kilos (*sí, kilos*) de carne que se acababa de comer, mientras Claire comía algo de lo que se había dejado en el plato.

Cuando la casa ya estaba ordenada y limpia de nuevo, Claire fue a dar las buenas noches a su marido, que roncaba como un rinoceronte, tumbado boca arriba con los botones de la camisa dejando ver su ombligo, que parecía que iba a estallar de un momento a otro.

Pese a ser lo más sigilosa que pudo, Walter se despertó y se quedó mirándola fijamente. En esta ocasión era una mirada dulce, como cuando se conocieron en el arroyo donde jugaban de niños. Aquella luz en sus ojos derritió lo más profundo de Claire, que puso a prueba los muelles de la cama durante varias horas, varias veces.

A la mañana siguiente, cuando el sol comenzaba a salir por el horizonte, Claire ya estaba lista y preparada para comenzar un nuevo día. Salió de la habitación de puntillas, y antes de cerrar la puerta echó un último vistazo a su esposo, que dormía plácidamente... *vale no, parecía un hombre de Atapuerca caído en combate, pero era lo que había.*

La joven repitió el desayuno del día anterior (esta vez con zumo incluido), y cuando su esposo partió, se puso manos a la obra con las tareas del hogar.

Estaba terminando de comer cuando algo que vio a través del cristal de su ventana llamó su atención. Era un joven caballero, como el príncipe que se enamoró de la joven que tanto idolatraba. Vestía un apuesto traje azul a juego con su camisa de seda. Aquel hombre era elegancia pura, y no podía apartar su mirada de él.

—¡Viene hacia aquí! —exclamó la joven mientras iba hacia la entrada para observarle por la mirilla.

El apuesto galán estaba justo al otro lado de la puerta dispuesto a golpearla ligeramente con los nudillos.

Aunque pasaron pocos segundos, a Claire le dio tiempo a vagar por su imaginación entre mundos de caballeros y princesas, de galanes y dragones, y de muchachas que hablaban con los animales.

La puerta sonó y Claire se arregló el pelo con las manos para recibir a aquel joven. Al fin y al cabo tal vez necesitara ayuda...

La muchacha esbozó la mejor de sus sonrisas mientras abría la pesada puerta de madera, y como si de un ángel se tratara, los rayos de sol asomaban tras el joven apuesto, mostrando su esbelta y atlética figura.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó la joven.

El chico la miró fijamente intentando articular alguna palabra, pero todo lo que parecía un cuento de hadas se tornó en justo lo contrario cuando

aquel supuesto príncipe se inclinó hacia ella para decorar sus delicados zapatos con una cantidad considerable de restos de comida provenientes de lo más profundo de sus entrañas.

La pobre Claire recibió un jarro de agua fría de realidad, y se quedó atónita e inmóvil, mirando a aquel personaje, que apenas se tenía en pie, con los ojos como platos.

—¿Marta? —consiguió decir el chico.

Sin responder, Claire le cerró la puerta en las narices con cierta crispación. No podía creer lo que acababa de pasar. ¿Cómo iba a venir un apuesto príncipe a rescatarla? Espera... ¿rescatarla?, ¿rescatarla de qué? Si ella ama a su marido...

El resto de la tarde la pasó jugando con Scott por toda la casa hasta que llegó su marido. Esa vez no tuvo tanta suerte en la caza, y apenas dirigió una palabra a Claire, que no dejaba de darle vueltas a lo que había pasado con el borracho que se había confundido de casa.

—Cariño, no te preocupes, seguro que mañana será un buen día.

—Hazme la cena, que me quiero ir a la cama—le espetó.

Algo empezó a arder en el interior de Claire, una llama que subía lentamente hacia su pecho. Nunca había tenido esa sensación, y pensó que tal vez estaba enfermando.

Después de casi una hora cocinando un delicioso estofado con algunas codornices que sobraron del día anterior, Walter salió de la habitación vestido de calle, con su chaqueta de piel favorita y sus botas de caza.

—¿Vas a alguna parte?

—Vamos a ver si conseguimos alguna pieza ahora que está anocheciendo.

—dijo antes de salir con otro de sus típicos portazos.

Claire no se lo podía creer. Primero le exige que le haga la cena y después se va, sin probar bocado. Otra vez ese calor que cada vez era más intenso e invadía cada rincón de su cuerpo. La joven tuvo que sentarse en una silla para recuperar la respiración.

Una vez más calmada, miró al cielo y preguntó en voz alta:

—Por favor, dime qué tengo que hacer. Dame una señal o algo a lo que agarrarme.

Frente a ella, Scott la miraba con cara de bonachón sin saber muy bien qué es lo que estaba pasando.

De pronto, una fuerte ráfaga de viento abrió la puerta de golpe, llenando la entrada de hojas y polvo. Seguramente, en otro momento Claire se habría apresurado a recoger y limpiar todo antes de que volviera su marido, pero esa vez fue diferente. Su señal había llegado.

Rauda y veloz sacó de su armario la poca ropa que su esposo le dejaba tener y la metió en una bolsa de tela, cogió algo de pan, un termo con agua y otro con leche, puso la correa a Scott, y salieron por la puerta sin vacilar ni siquiera un segundo, y se adentraron en el bosque.

## Capítulo 2

### Capítulo 2

Tras un tiempo avanzando entre la maleza, llegaron a un pequeño claro donde había una pequeña casita de piedra. Como la noche ya estaba más que asentada, pensaron que sería buena opción esperar al amanecer protegidos de la intemperie.—Hablo siempre en plural porque, aunque Scott no era partícipe de las decisiones de Claire, estoy seguro de que estaría de acuerdo con ella. Al fin y al cabo él sí que la amaba de verdad—.

Aquella casita parecía abandonada, era muy pequeña, casi del tamaño del baño que tenía en su casa, bueno su ex casa. Era circular con sólo una ventana en uno de sus flancos, y un tejado en dos aguas que estaba construido con ramas y maderas.

La joven se agachó y acariciando el lomo de Scott le dijo:

—Aquí podremos pasar algún tiempo, amigo.

A Scott pareció gustarle la idea y se puso sobre sus dos patas traseras, apoyado sobre el pecho de Claire, bañándola a lengüetazos.

Por suerte, en la entrada de la choza había un montón de paja, que pudo usar como cama, tanto para ella como para su fiel acompañante.

A la mañana siguiente, Claire se despertó sobresaltada y angustiada, con una sensación de arrepentimiento. ¿Debería haber abandonado su hogar? ¿Debería haber dejado a su suerte a su marido? De pronto notó cómo sus tripas se removían, provocándole unas inevitables ganas de vomitar. Sin embargo, la joven supo contenerse y recobró rápido la compostura.

Scott, que seguía durmiendo a pierna suelta, abrió los ojos y se incorporó de un salto dirigiéndose hacia la puerta.

—Sí, Scott, deberíamos ir a buscar algo para desayunar.

El único problema en ese momento es que Claire sabía perfectamente preparar un desayuno digno del mismísimo rey de Kaoli, pero siempre lo había hecho teniendo los ingredientes necesarios, y ahora estaba ella sola, sin conocimientos ni de caza ni de recolecta.

—Bueno, tampoco tiene que ser tan difícil, ¿no? — dijo echando una mirada a su compañero.

Los dos salieron al claro, y rodearon la casa buscando algún fruto que pudiera servirles de alimento. Lo bueno de Kaoli era que en sus tierras crecían todo tipo de plantas y una gran variedad de frutos, sólo había que saber elegir bien.

Mientras Claire estaba agachada buscando entre unos matorrales, Scott se separó de ella a toda velocidad y se adentró un poco más en el bosque. Los ladridos alertaron a la joven, que le siguió a toda prisa. Al poco tiempo, Scott se detuvo y se giró hacia Claire dando pequeños saltos y moviendo la cola.

—¡Muy bien amigo! — le felicitó Claire al ver que la había llevado hasta una zarza a rebosar de moras silvestres — Cogemos unas cuantas y las llevaremos a la casa.

Cuando volvieron a lo que en ese momento era su hogar, a Claire se le cerró el estómago y apenas pudo comer un par de moras. En el lado opuesto estaba Scott, que acabó con las suyas, con las de Claire, y empezó a lamer el suelo para no dejar ni rastro de jugo.

Scott estaba muy contento. Le había gustado su paseo matutino y se había quedado con ganas de más. Y así se lo hizo saber a su ama, a la que empujaba con su hocico llevándola a la puerta de entrada.

—Ahora no, Scott. No me encuentro muy bien. Voy a descansar un rato.

El can bajó la mirada y la dio un lametón a modo de agradecimiento.

Los días posteriores no transcurrieron con demasiadas novedades. Ambos salían a por comida, que unas veces eran frutos, y otras hojas con las que Claire hacía sopas con un cuenco de barro que ella misma hizo con sus propias manos.

Sin embargo, la salud de Claire no mejoraba, y sus molestias y náuseas la acompañaban prácticamente hasta que se ponía el sol.

Una mañana, Scott se despertó antes que la joven, que permanecía durmiendo sobre el lecho de paja.

Los mimos de su compañero la hicieron salir de su letargo, comprobando que ya hacía rato que había salido el sol. La muchacha entreabrió los ojos, y vio a Scott cómo la golpeaba delicadamente sobre su abdomen.

Desperezándose y rascándose los ojos, miró a su amigo mientras decía entre bostezos:

—Tranquilo, ahora salimos a comer algo.

Se recolocó su cabello rubio, y cuando iba a hacer lo mismo con sus ropas, algo hizo que se parara el tiempo.

—No puede ser — decía tocándose la tripa.

—No puede ser —repetía anonadada.

Sí amigos, Claire estaba embarazada, y no podía ser en peor momento.

Un cúmulo de sentimientos se apoderó de ella. ¿Qué iba a pasar ahora? ¿Sería mejor volver con Walter? ¿Debería buscar ayuda? ¿Cómo iba a dar a luz en ese lugar?

La casa empezó a darle vueltas, y una mezcla de ansiedad y angustia se apoderaba de ella. Por un momento estaba desubicada, perdida, y no se daba cuenta de que alguien estaba llamando a la puerta.

Los incesantes ladridos de Scott la hicieron volver en sí, y fue hacia la puerta para atender la llamada. La situación en la que se había visto envuelta de golpe y porrazo, hizo que fuera a la entrada sin temor, como si estuviera en su casa de toda la vida y estuviera recibiendo una visita.

Cuando abrió la puerta vio a una anciana vestida con una capa negra sobre unas ropas viejas hechas girones.

—Hola hija mía, llevo varios días sin probar bocado, y me gustaría saber si tendrías algo para ofrecer a esta viejecita.

Con un respingo, Claire volvió a la realidad y no pudo pasar por alto que había abierto la puerta a una total desconocida.

Asustada, Claire explicó a la señora, que no tenía comida, que en realidad esa no era su casa y que lo lamentaba mucho.

La anciana insistió.

—De verdad te lo pido. Por favor, dame algo de comer por poco que sea.

Claire vio cómo aquella mujer apenas podía mantenerse en pie, y hablaba con un pequeño hilo de voz que a veces le costaba entender.

La bondad inherente de la joven muchacha la invitó a pasar mientras ella y Scott salían a buscar algo para comer en el bosque.

Volvieron al poco rato con una pequeña cesta de mimbre llena de

frambuesas y fresas silvestres.

—Tenga, coma un poco. No es mucho, pero no sé cazar, y en este bosque lo único que puedo coger son frutas silvestres y algunas hojas.

La mujer tendió su mano y la miró agradecida con los ojos empañados en lágrimas.

—Si quiere, puede quedarse aquí a descansar, Scott y yo no la molestaremos. Podemos salir a pasear mientras duerme.

Callada como una tumba, la anciana se levantó de la silla y se giró hacia Claire.

—Eres muy especial, y dentro de ti hay alguien más especial aún.

Claire la miró sorprendida pues de pronto su voz se tornó grave y con autoridad.

—Que el arrojo y la valentía que te han llevado hasta aquí, sean vuestros fieles compañeros el resto de vuestras vidas. Abrid los ojos de vuestros semejantes, y luchad si hace falta.

Sus palabras, que bien podían parecer un hechizo o algo similar, dieron paso a un fuerte golpe de su bastón contra el suelo, después otro, y luego un tercero.

Fue entonces cuando, como por arte de magia, la anciana desapareció por completo envuelta en un polvo verde claro que se esfumó de golpe a los pocos segundos, dejando a Claire y a Scott con los ojos como platos mirando hacia la entrada.

Los meses siguientes, Claire y Scott continuaron sin moverse de la choza, que ya consideraban su hogar. La joven había decorado la casa con manualidades que había aprendido de pequeña, usando arcilla y tallos de plantas. También hizo varios jarrones más, con los que cogía agua del río que había a pocos kilómetros, y su salud había mejorado desde la visita de aquella anciana misteriosa.

Tardó un tiempo, pero la muchacha pudo darse cuenta al fin, de lo que había dejado y lo que tenía en ese momento de su vida. Se sentía autosuficiente y capaz de lograr cualquier reto que se propusiera. Ya ni siquiera pensaba en Walter, y cuando lo hacía se reprochaba haber estado tan ciega.

Sin embargo, seguía soñando con la doncella y sus siete amiguitos,

poniéndose en muchas ocasiones en su lugar.

Claire seguía viviendo su particular cuento de hadas, pensando que la felicidad que mostraba la joven con la que soñaba debía ser muy parecida a lo que ella sentía en esos momentos.

Sin embargo, toda la luz que brotaba de su ser se tiñó de oscuridad cuando los dolores de su abdomen eran cada vez más fuertes y con más frecuencia.

A los pocos días, Claire dio a luz a una preciosa criatura que decidió llamar, con la aprobación de Scott, Dulce.

Eligió ese nombre entre todos los que barajaba porque aquel pequeño ser que salió de ella transmitía la más tierna de las dulzuras. Tenía los ojos grandes y azules, y nació con una tímida pelusa rubia sobre su cabeza. Siempre estaba tranquila, pero esa tranquilidad se acentuaba más entre los brazos de su madre.

Los nervios de una madre soltera primeriza fueron desapareciendo poco a poco, a medida que Dulce iba creciendo con una salud fuerte y recia.

Con los años, Claire iba enseñándola a valerse por sí misma, a hacer sus propias herramientas y vasijas, y Dulce respondía con ilusión a todo lo que su madre le proponía.

Por las noches le contaba el cuento de la joven y sus siete amigos, de cómo la bruja la engañó, y cómo un príncipe la rescató y se fue con ella para ser felices y comer perdices.

También es cierto que Dulce no entendía demasiado cómo podía gustarle esa historia a su madre... Es una chica que no hace más que limpiar una casa que ni siquiera es suya, para que cuando lleguen sus siete amigos, esté recogida. Además, una bruja la engaña porque piensa que es la más guapa de todo el reino, y ya para colmo, un príncipe la rescata y se la lleva a vivir con ella.

De todas formas, la pequeña Dulce adoraba las historias que le contaba su madre, la manera en que sus ojos brillaban como queriendo formar parte ella misma de la realidad ficticia que moldeaba con sus palabras.

Seguían pasando los años, y Claire ya había olvidado por completo su pasado. Ahora disfrutaba de su tiempo, de su hija, que estaba cerca de cumplir 18 años, y de su siempre fiel perro Scott.

Todo ocurría con normalidad, cuando una epidemia invadió el reino de Kaoli, llevándose con ella a la pobre Claire. Fueron momentos muy duros para Dulce, cuya soledad se habría apoderado de ella de no ser por los

rayos de luz de esperanza que Scott arrojaba sobre ella.

Pasó varios meses llorando la muerte de su madre, hasta que un buen día recordó la frase que siempre le decía su madre justo antes de caer rendida en los brazos de Morfeo: "Abre los ojos de tus semejantes, y lucha si hace falta".

Sin darse cuenta, Claire había criado a una joven llena de valor y empatía, con la fuerza suficiente para mover montañas.

Las palabras de su madre, y la situación a la que se enfrentaba, hizo que tras pensárselo durante un tiempo, Dulce tomara las riendas de su nueva vida y saliera en busca de aventuras para, como decía Claire, ayudar a sus semejantes.

Como siempre, a Scott no parecía afectarle nada de lo que pasaba a su alrededor, de modo que sin separarse de Dulce, decidió acompañarla a cualquiera que fuera su destino.

## Capítulo 3

### Capítulo 3

Sin mirar atrás y con su hatillo con algunas prendas de vestir que había heredado de su madre, Dulce se adentró en el bosque sin saber muy bien adónde ir. Ambos caminaron y caminaron hasta que divisaron a lo lejos una torre cuyo tejado asomaba por encima de toda la frondosidad.

Se acercaron sigilosamente para esconderse tras unos arbustos y esperaron a ver si aparecía alguien, o realmente esa torre estaba tan abandonada como parecía.

Mientras Dulce intentaba calmar a Scott para que no saliera corriendo —porque ¿qué perro va a querer quedarse quieto tras unos matorrales sin hacer nada? —unas pisadas alertaron a la joven, que sacó parte de su cabeza por encima de la planta para poder ver mejor.

A los pies de la torre, que carecía de puerta alguna, un hombre esperaba en la base de la misma, mirando a la ventana y gritando a los cuatro vientos.

De pronto una enorme melena trenzada cayó desde la ventana hasta los pies del joven. Éste se recolocó su espada al mismo tiempo que encajaba su sombrero sobre su cabeza, cogió con fuerza aquella cuerda improvisada, y subió hasta lo más alto de la torre, donde le esperaba una joven.

— ¿Estamos locos? —susurró Dulce entre dientes —¿Esa cuerda es su melena?

Paso algo menos de una hora y la melena volvió a caer por la ventana hasta el suelo. En esta ocasión el joven descendió lentamente hasta que sus pies hallaron tierra firme, y con un beso desde la distancia, se despidió de lo que parecía ser su amada.

—¿Has visto eso Scott? ¡El tipo ese ha subido escalando por su pelo! ¡Eso tiene que doler! — dijo mientras acariciaba su rubia y delicada melena.

Cuando comprobaron que ya no había moros en la costa, se acercaron de puntillas —de puntillas ella, claro, Scott aún no sabía andar así —y de igual manera que habían visto hacer al chico de la espada, los dos miraron hacia la ventana.

Dulce, que ya había escalado varias veces a las copas de los árboles para llegar a los mejores frutos, o simplemente por mera diversión, vio que la torre estaba plagada de salientes que formaban las piedras que la

construía.

—¿De verdad le hace falta una cuerda para subir ahí? —se preguntó incrédula — Scott, tú quédate aquí y ladra fuerte si viene alguien, ¿vale? Te prometo que no tardaré.

Scott, en lugar de afligirse por la separación de su dueña y amiga, la sonrió con la lengua fuera, y se encaró al bosque como si de verdad hubiera entendido lo que se proponía la joven.

Con una mano aquí, un pie más arriba, y la otra mano después, tardó la mitad de tiempo que el joven en llegar hasta la ventana.

—Fácil y sencillo — dijo sacudiéndose las manos la una contra la otra y dejándose caer al interior del torreón.

—¿Quién sois vos, jovencuela? —preguntó la princesa sorprendida ante tal inesperada visita.

Dulce, miró a ambos lados extrañada y contestó educadamente:

—Estoy yo sola. Me llamo Dulce, y tú eres...

—Soy Rapunzel, y la bruja...

Dulce la interrumpió.

—¿Y qué haces aquí?

—La bruja Gothel me encerró en esta torre...

—¿La bruja qué? ¿Y por qué no tiene puerta? — volvió a interrumpir.

Rapunzel, cada vez más exasperada retomó su relato.

—Mi padre fue acusado de robo, y una bruja me arrebató de los cálidos brazos de mi familia, para encerrarme aquí donde te hallas.

—No entiendo nada. ¿Y quién es el chico que te ha visitado?

—Ay... veo que conocéis a mi amado y querido Flynn. Él me visita cuando estoy sola bajo la promesa de llevarme a su reino y ser felices para siempre — explicó Rapunzel con cara de adolescente enamorada.

—Vamos, que te vas de Málaga a Malagón. ¿Y por qué no te vas de este sitio?

—Pequeña ingenua... ¿cómo pretendéis que rompa las cadenas de esta prisión, cuya elevada altura haría que mi salto fuera tan infructuoso como desafortunado?

La joven Dulce escuchaba atentamente a Rapunzel, que a duras penas entendía algo de lo que decía.

De pronto los ladridos de Scott la sorprendieron.

—¡Es Gothel! Viene a verme. ¡No puede veros aquí! ¡Rápido, escondeos!

—¡Pero que no hay nadie más! —replicó Dulce mientras se metía un armario dorado decorado con puertas de espejo.

Desde la rendija que dejaban las dos puertas del mueble pudo ver cómo una anciana aparecía flotando por la ventana, como si pudiera volar.

—¿A qué huele aquí? — preguntó la vieja moviendo la nariz como un roedor —¿No te estarás viendo con nadie, no?

—¡Qué cosas decís! Yo me debo únicamente a vos.

La anciana recorrió la pequeña habitación de extremo a extremo con mirada desconfiada.

—Está bien. Me voy. No hagas tonterías o lo lamentarás.

—Jamás mi ama. Mi devoción por vos es más grande que el planeta sobre el que vivimos.

La anciana levitó de nuevo y descendió lentamente por el exterior hasta llegar al suelo.

Rapunzel, aliviada dio permiso a Dulce para salir de su escondite.

—¿Esa es la bruja que te encerró aquí?

—Su nombre es Gothel, y su tiranía sólo es sobrepasada por su maldad. Afortunadamente mi apuesto prometido pronto me liberará de sus garras.

Dulce estaba alucinando, pensaba que Rapunzel estaba bajo los efectos de alguna pócima o algo parecido, porque no era normal ni cómo hablaba, ni las cosas que decía, ni la cantidad de pájaros que tenía en su cabeza.

—Vamos a ver. Voy a serte sincera. Ni tu príncipe te va a sacar de aquí, ni la bruja esa te va a dejar escapar. Espérate no acabes mal por hacerte

tantas ilusiones.

—Agradezco vuestra sinceridad, joven pizpireta, pero...

—Ni pero, ni peras. O te vienes ahora mismo conmigo, o te saco de los pelos por la ventana.

—Pero mi príncipe...

—¡No hay príncipe que valga! — exclamó dulce mientras iba empujando a Rapunzel hacia la ventana (eso sí, siempre con educación).

Cuando finalmente las dos chicas llegaron a tierra firme, Scott las estaba esperando con su siempre preparado meneo de cola.

—¡Oh! Qué hermoso can poseéis.

—Se llama Scott. Mira Scott, ella es Rapunzel, y nos va a acompañar a partir de ahora.

Rapunzel miró sorprendida a Dulce, que no tuvo tiempo para nada más que recogerse su kilométrica melena antes de emprender de nuevo su camino. Camino no se sabe muy bien hacia dónde, pero al fin y al cabo su camino.

—¿Dónde nos dirigimos, señorita Dulce?

—Llámame Dulce, y por favor, habla normal, que no entiendo la mitad de lo que dices — respondió poniendo una mueca con los ojos hacia arriba—. Vamos a ayudar a la gente.

—¿A la gente? ¿Qué gente?

—Pues no sé, a quién lo necesite, supongo.

Aunque Rapunzel no terminaba de comprender a la pequeña (aunque pocos años de edad las separaba), algo le decía que podía ser interesante, divertido, y sobre todo algo diferente, acompañarla dondequiera que fuera.

A través del bosque de Kaoli, que parecía no tener fin, Dulce le iba contando cómo su madre decidió huir de su hogar para formar una familia por su cuenta. Una familia que nada tenía que ver con las que había en aquella época, pero que tampoco tenía nada que envidiarlas.

—¿Entonces vuestra madre dejó de cuidar a su esposo para criarte ella

sola? Debía ser muy valiente.

—¿Cuidar a su esposo? Pero si era cazador, lo que pasa es que parece que lo que quería era tener a una sirvienta.

—Servir a tu marido no es signo de esclavitud sino del más profundo de los amores.

—¡Ja! Si el amor quiere decir que lo único que voy a hacer en la vida es limpiar y cocinar, entonces ya puede volverse por dónde ha venido.

Rapunzel no comprendía la tozudez de la joven Dulce, pero la confianza que veía en ella misma, había activado algo en su interior, algo que puso en marcha un mecanismo que la hacía pensar y valorar la situación de aquella época.

—¿Concebís una vida sin una persona a la que servir y amar hasta el fin de los tiempos?

—Lo que concibo es una vida en libertad. No digo que no encuentre el amor en algún momento, pero ten por seguro que ese amor no va a mermar mi libertad.

—Interesante afirmación... — respondió una cada vez más pensativa Rapunzel.

## Capítulo 4

### Capítulo 4

Tras varias noches pernoctando a la intemperie, y cubriéndose con hojas y ramas para combatir las bajas temperaturas, los dos jóvenes y su fiel escudero se toparon con las murallas de un gigantesco castillo.

Tras cruzar las dos megalíticas puertas de entrada, que hacían de puente sobre un foso seco pero de gran profundidad, los habitantes de aquel recinto de piedra no dieron la menor importancia a la presencia de aquellas novicias en esos lares.

Toda persona con quien se cruzaban se mostraba alterada y exaltada por un gran evento que iba a tener lugar en el Palacio Real, donde el príncipe iba a elegir a su nueva y primera esposa. O eso era lo que anunciaba toda la propaganda que estaba clavada en cada rincón de aquel lugar.

—Disculpe humilde aldeana, ¿qué acontecimiento es de tal importancia que las personas aquí presentes ansían con tanto ímpetu?

Una mujer de mediana edad se detuvo para contestar a Rapunzel, no sin antes mirarla de arriba abajo con extrañeza ante su pedante palabrería (como era de esperar...)

—Hoy nuestro príncipe elige la que será su esposa y futura reina de todo cuanto ves.

Rapunzel, ilusionada, miró a Dulce con los ojos abiertos a más no poder.

—Ni se te ocurra. — contestó la joven con mirada inquisitoria.

—Oh, vaya — contestó cabizbaja y desilusionada.

Siguieron adentrándose en aquella fortaleza, hasta que llegaron a lo que parecía la entrada principal del Palacio Real.

—¿Venís como candidatas? Dijo uno de los guardas que custodiaban la puerta principal, y que les dio el alto.

Otra mirada de súplica de Rapunzel a Dulce.

—Que no. He dicho que no.

Volviendo su mirada al soldado, contestó:

—Venimos como espectadoras, ¿podemos pasar?

—Por allí, no os desviéis del camino — contestó señalando unas butacas perfectamente alineadas tras un telón de terciopelo rojo.

Sin saber muy bien qué hacían allí, esperaron hasta que el aforo estaba completo, y la reina comenzó su discurso.

Las reglas parecían simples: bastaba con pasar una noche durmiendo en el torreón para que la propia reina decidiera si la candidata era digna de ser esposa de su apreciado hijo.

Dulce estaba que echaba humo. ¿En serio se iba a formar un matrimonio por dormir en un torreón? ¿Y qué tenía que pasar para que la reina decidiera que era la elegida?

Aunque todo aquello le parecía absurdo, tanto Rapunzel, que aún se arrepentía de no haber entrado como candidata, como Dulce y Scott, se quedaron a ver el veredicto final.

Después de la primera noche, la reina rechazó a la primera candidata. Nadie entendía por qué, pero si la reina lo decía, iba a misa.

Tras varios infructuosos intentos más, una noche apareció una joven empapada por la lluvia. Según decía, su navío había naufragado, y el destino le llevó a cruzar las murallas de aquel reino.

La reina, de gran fama generosa, ofreció a aquella joven de nombre Elga, a pasar una noche en el torreón de las candidatas. La muchacha aceptó encantada —y no era para menos, después de haber llegado hasta allí casi nadando, cualquier cosa le valía—.

Dulce ya no aguantaba más la intriga, y decidió escalar el torreón para hacer una visita a la bella Elga.

Bien entrada la noche, Rapunzel, Dulce y Scott salieron de la fortaleza para rodearla hasta llegar a su parte trasera, donde se encontraba el torreón que albergaba a la joven Elga.

Mientras Dulce escalaba despacio pero sin pausa, sus dos compañeros se quedaron vigilando los alrededores.

Como ocurrió en el torreón de Rapunzel, a la joven Dulce no le llevo más que unos pocos minutos llegar hasta la ventana de la habitación de Elga, que para sorpresa de todos, permanecía despierta y agitada.

—¿Quién eres tú y qué haces aquí?

—Hola Elga, me llamo Dulce, y ellos son Rapunzel y Scott, mi perro — respondió asomándose por la ventana al mismo tiempo que Elga. — ¿No puedes dormir?

—Es extraño, pero pese a la enorme cama y los mullidos almohadones y cojines, no estoy cómoda.

—Vaya, pues como la reina te elija como futura esposa del príncipe, más te vale estar descansada.

—¡Es verdad! ¡Lo había olvidado!

—¿Cómo? ¿No aceptaste pasar la noche aquí para ser la futura heredera del trono?

—¡Qué va! Mi barco naufragó, tuve que nadar varios kilómetros y caminar otros tantos. Cuando llegué aquí, me ofrecieron cobijo, un baño, y una cama. ¿Cómo podía negarme?

¿Veis? Ya os lo decía yo...

—Además, ni siquiera conozco al príncipe. ¿Por qué voy a querer casarme con él? — continuó.

—Pues no se hable más, Elga. Únete a Rapunzel, Scott y a mí, y emprendamos el viaje juntos.

—No sé quién eres, ni por qué has trepado hasta aquí, pero me caes bien pequeña, acepto.

A Dulce ya le estaba empezando a crispár que siempre la llamaran pequeña, niña, etc. ¡Si prácticamente tenía la misma edad que las demás!

—Sin embargo, no puedo olvidar el gesto de generosidad que ha tenido la reina hacia mí. Déjame un segundo, que quiero escribirle una nota en señal de agradecimiento.

Elga se puso a buscar por la habitación algo con lo que escribir, mientras Dulce la ayudaba buscando papel.

Después de un tiempo revolviendo el dormitorio, abriendo cajones, y moviendo sillas y muebles, Dulce levantó el colchón de la cama de Elga, y un diminuto guisante cayó rodando hasta sus pies.

—¿Pero quién come guisantes en la cama? — preguntó en voz alta extrañada.

Recogió el guisante, y cuando fue a posarlo sobre la mesilla, justo debajo de la lamparita vio una hoja de papel, que le entregó a Elga, que ya se había hecho con un lapicero.

En la nota que le dedicó a la reina explicaba que se sentía eternamente agradecida por su hospitalidad y la de su gente, pero que debía partir. Señaló también que todo había sido de su agrado excepto la cama, que no le había permitido dormir como hubiera deseado. Sin más, se despidió cortésmente, y dejó la nota en una cómoda que decoraba la entrada al dormitorio.

Acto seguido bajaron por las paredes del torreón para encontrarse con Rapunzel y Scott que, lejos de estar vigilando, estaban jugando con un palo que había traído el can de entre unos matorrales.

El grupo, que tenía ya una nueva integrante, partió de nuevo a través del bosque sin percatarse del revuelo que provocaría la ausencia de Elga al día siguiente. La reina anunció que Elga había pasado la prueba y era la elegida como futura esposa de su hijo, y mostró su aflicción ante su partida. Resulta que según explicó la reina, ella misma colocó un guisante bajo el colchón de la cama de las candidatas, y sólo una mujer noble y delicada se percataría de aquella artimaña. Esa mujer, entonces sería la esposa ideal de su hijo, el príncipe.

Ajenas a todo aquello, el grupo de aventureras y su fiel can continuaron su andadura por aquellas tierras, en busca de no se sabe muy bien qué, pero con el fin de ayudar a sus semejantes, como así dijo la difunta madre de Dulce.

## Capítulo 5

### Capítulo 5

Las tres jóvenes se hicieron amigas rápidamente, y con el tiempo se iban conociendo cada vez más. Al sol le quedaba poco tiempo para ponerse, y Elga estaba a punto de comenzar a contar a sus compañeras cómo tuvo lugar el naufragio de su navío, cuando un estridente y agudo ruido hizo que se detuvieran de golpe. Todas menos Scott, claro, que él iba siempre por libre y siguió caminando hasta que Dulce le hizo un gesto para que se reuniera con ellas.

A lo lejos, vieron a una mujer con sombrero puntiagudo sujetando una varita mágica, y agitándola en el aire, al mismo tiempo que delante de ella aparecía una hermosa carroza con forma de calabaza, tirada por dos exuberantes corceles de color blanco y crines aterciopeladas.

Tras aquella mujer, las tres jóvenes pudieron ver a una chica con vestido azul cielo, cabello dorado recogido escrupulosamente, y unos curiosos zapatos de cristal.

Ésta subió a la carroza, se despidió de la mujer de la varita, y emprendió su marcha por un camino de tierra que se perdía en la lejanía.

—¿La seguimos? — preguntó Elga.

—Me gusta cómo piensas — respondió Dulce con una sonrisa pícara.

Rapunzel, que sabía que no tenía nada que hacer, suspiró y se dejó llevar.

Aquella carroza, que pese a haber recorrido una senda plagada de polvo y barro llegó impoluta, se detuvo frente a la puerta de un castillo de altas almenas y enormes ventanales de coloridos vidrios.

La joven descendió delicadamente de la carroza ayudada por su chófer, que le tendió la mano amablemente, y se adentró en el edificio, del que salía una leve melodía musical.

Elga y Dulce se miraron de nuevo, después miraron a Rapunzel, que les volvió a contestar con un suspiro de exasperación, y colocándose como buenamente pudieron sus vestidos, siguieron los pasos de aquella a quien habían estado siguiendo.

—Esto es increíble — dijo Dulce cuando llegaron a un enorme salón de techos altos, alfombras rojas, y en cuyo fondo se veía una orquesta

formada por más de veinte músicos.

Las tres jóvenes —tuvieron que dejar al pobre Scott en la puerta—lo pasaron en grande en aquel baile. Bailaban las unas con las otras, y volvían a cambiar de pareja. Bailaban con hombres, con otras mujeres, y entre ellas. Rapunzel ya no estaba tan enfadada y parecía ser la que más disfrutaba de todas.

De pronto un barullo hizo que la música pasara a un segundo plano, y de entre un grupo de mujeres ataviadas con unos excesivamente pomposos vestidos, apareció la joven de la carroza, que salía a toda velocidad hacia la puerta de entrada.

Presas por la curiosidad, nuestras intrépidas amigas la siguieron, no sin darse cuenta de que a los pocos metros de alcanzar la carroza, la joven perdió uno de sus zapatos sobre uno de los peldaños de la gran escalinata que precedía la gran entrada al castillo.

Sin detenerse ni mirar atrás, los caballos emprendieron la marcha a toda velocidad mientras un apuesto joven sujetaba el zapato perdido, contemplando cómo aquel peculiar vehículo con forma de calabaza se perdía por el horizonte.

A los pocos minutos la fiesta recobró su ritmo, y cuando llegó a su fin, Rapunzel, Elga y Dulce fueron en busca de Scott para volver a la casa de donde había salido la joven de los zapatos de cristal.

Curiosamente todo estaba tranquilo, demasiado tranquilo, y no había rastro ni de la carroza, ni de los caballos.

Pasaron la noche cobijadas bajo un endeble cobertizo que había a pocos metros de la casa, y a la mañana siguiente el dulce canto de una mujer las despertó.

Las tres muchachas se asomaron discretamente, y no muy lejos de donde se encontraban, a la orilla de un arroyo vieron a la muchacha de la noche anterior tarareando una canción con una dulzura pasmosa.

Elga, que quería ver bien si se trataba de ella o era otra chica, se asomó un poco más con tan mala suerte que acabó cayéndose de bruces contra el suelo.

El ruido hizo que la joven del arroyo se girara sobresaltada y las pillara en plena labor espía.

—Hola, yo soy Elga, ella Rapunzel, y ella Dulce — dijo mientras se sacudía

el polvo, antes de que la joven abriera la boca.

Recomponiéndose del susto que se había llevado, la joven respondió:

—Me llamo Cenicienta.

—¿Dónde está la carroza que vimos ayer? ¿Y los caballos? ¿Y tu vestido?  
— preguntó Dulce (ella tan delicada como siempre).

Cenicienta, que era el nombre que le habían puesto sus hermanastras y su madrastra, bajó la mirada tímidamente y su rostro se mostró melancólico.

—Veréis, desde hace un tiempo vivo con mi madrastra Lady Tremaine, y mis dos hermanastras Drizella y Anastasia. Ellas me acogieron cuando mi madre falleció. Ahora vivo para servirles y lo que visteis ayer no lo pueden saber — dijo con temor en sus ojos.

—¿Y de dónde salió la carroza y todo lo demás? — volvió a preguntar Dulce.

—Déjala ya, Dulce, no seas pesada — interrumpió Elga.

—No pasa nada —sonrió—. Esa noche se me apareció un hada madrina y me dio la oportunidad de ir al baile que daba el príncipe. La única condición era que volviera antes de la media noche, que era cuando acababa el hechizo — continuó Cenicienta.

—Tranquila, no te perdiste nada. La cosa decayó bastante desde que te fuiste.

Rapunzel dio un codazo a Dulce y la atravesó con una mirada inquisitoria.

—Jobar, sólo quería quitar un poco de hierro al asunto — respondió Dulce frotándose su dolorido brazo.

En ese momento, la madrastra de Cenicienta la llamó desde la puerta.

—¿Dónde te has metido niña? Llevas demasiado tiempo para llenar una simple vasija de agua.

—¡Ya voy Lady Tremaine! — Cenicienta miró con tristeza a las tres amigas, gesto que sirvió como despedida.

—Chicas, creo que... — comenzó a decir Dulce.

—Sí, sí, ya lo sé. Queréis liberar a Cenicienta de las garras de su malvada

madrastra — interrumpió Rapunzel con tono burlón.

—¿Cómo sabes que yo también pensaba eso? — intervino Elga.

—No lo sabía.

—Pero has dicho “queréis”.

—Sí, “queréis” refiriéndome a Dulce.

—Ya, pero “queréis” es “queréis” no “quieres”. Ella quiere y, bueno, yo también quiero, la verdad sea dicha, pero no pongas en mi boca cosas que yo no he dicho.

—Ya pero... bufffff en fin, dejémoslo — se resignó a decir Rapunzel.

Dulce se lo estaba pasando en grande viendo cómo Rapunzel salía de aquel jardín en el que se había metido por hablar tan raro.

Una detrás de la otra, fueron caminando despacio y con cautela hasta alcanzar la parte trasera de la casa, desde donde podían ver a través de una ventana, a Cenicienta arrodillada limpiando el suelo con un viejo trapo raído.

En ese preciso instante, el ruido del galope de varios caballos rompió el silencio que las envolvía. Desde la ventana no podían ver quién era el que estaba llamando a la puerta, pero sí vieron cómo, tras hablar varios minutos con aquel emisario, Lady Tremaine cogió con violencia la muñeca de Cenicienta, y zarandeándola la llevó escaleras arriba hasta el sobrado de la casa.

—¡Drizella! ¡Anastasia! ¡Venid rápido! El príncipe quiere veros.

No sé qué estarían haciendo aquellas dos chicas, pero no tardaron ni medio segundo en postrarse ante él vestidas con sus mejores galas.

Ambas le saludaron con una exagerada reverencia, mientras el portavoz del séquito explicaba:

—Esta pasada noche, durante el baile en el palacio, el príncipe conoció a una mujer. Una mujer que le dejó prendado, y le marcó su corazón con la más indeleble de las tintas. A la media noche, esta joven partió sin aviso dejando tras ella un zapato de cristal como única pista sobre su paradero. Por consiguiente, la dueña de este preciado calzado será la futura esposa del príncipe.

Drizella y Anastasia estaban eufóricas. Que una de ellas fuera la futura princesa, era algo que cualquier joven deseaba con todas sus fuerzas. —

¿En serio?

Anastasia fue la primera en probarse el zapato de cristal. ¡Encajaba! La hermanastra dio palmas de alegría, pero a los pocos segundos el zapato se desprendió de su pie.

—¡Inténtelo otra vez! — exigió Lady Tremaine enfadada.

—El zapato le queda grande, señora, ¿no lo ve? — respondió tras otro intento.

—¡Anastasia, que te lo pongan a ti!

Anastasia, se sentó en la silla y arrodillado frente a ella, el hombre portador del zapato trató de ponérselo. Lamentablemente le quedaba pequeño. —Hay que decir que la joven Anastasia no ocultaba su pasión por el tocino, y su sobrepeso hacía que tuviera los pies hinchados como zeppelines. —

Triste y afligido, el príncipe se dirigió a Lady Tremaine:

—¿No vive nadie más aquí?

—No, mi alteza. Sólo mis hijas y yo.

Las tres amigas, que no quitaban ojo a todo lo que estaba pasando, se miraron atónitas.

—Ven, seguidme — les pidió Dulce.

Giraron la esquina de la casa de piedra y con ayuda de Elga y Rapunzel, Dulce se encaramó al alfeizar de una ventana, que la llevó hasta la azotea donde se hallaba encerrada Cenicienta.

Después, lanzó una cuerda gruesa a sus compañeras, que la siguieron hasta lo más alto de la vivienda.

—Oh, Cenicienta, su apuesto y enamorado príncipe ha venido a rescataros. Trae el zapato que vos perdisteis en el baile, y busca desesperadamente a la amada que le acompañe en el trono de su palacio — dijo Rapunzel.

—Madre mía... — dijo Dulce dándose una palmada en la frente. — ¿Cuándo vas a dejar de hablar así?

Elga miró a Cenicienta y se encogió de hombros arqueando levemente las

cejas, excusando la palabrería de su compañera.

—Lo que quiere decir, es que cuando ayer saliste corriendo del baile, un joven, que parecer ser que es el príncipe, se quedó con tu zapato. Ahora está aquí, y dice que su dueña será su esposa y reinará junto a él — explicó de nuevo Dulce.

—¿Esposa? ¿Del príncipe? ¿Y por qué voy a querer yo ser su esposa? ¡Si sólo compartimos un par de bailes!

—¡Ay Dios! Yo no sé qué ganas tiene la gente de casar a sus hijos con la primera que pasa — contestó Dulce —. ¿Te apetece unirse a nuestro grupo?

—¿A vuestro grupo? ¿Y hacia dónde vais?

—No preguntes, ni nosotras lo sabemos, pero de momento no nos está yendo mal — intervino Elga sonriendo a las demás.

Después de sopesar su futuro allí o su futuro con sus nuevas amigas (que tampoco se lo pensó demasiado), las cuatro bajaron por la cuerda y se perdieron, una vez más en el bosque.

—Gracias chicas por liberarme de Lady Tremaine y mis hermanastras. No sabéis lo que estaba viviendo...

—Por lo poco que hemos podido ver, nos hacemos una idea, créeme — respondió Dulce.

—¿Y vosotras de dónde venís? —preguntó mientras seguían caminando sin ningún destino concreto.

Por fin, Elga tuvo la oportunidad de dar a conocer su pasado y la historia sobre el naufragio de su barco, sorprendiendo a todas ellas.

—Entonces, ¿camináis sin rumbo para ayudar a los demás?

—Eso es. Dormimos donde podemos y comemos lo que encontramos. Aunque a veces algún amable aldeano nos cede parte de sus enseres, como pan u otro cereal — concluyó Elga.

## Capítulo 6

### Capítulo 6

El grupo de jóvenes se detuvo para pasar la noche en el hueco de un tronco, cuando escucharon un llanto proveniente de no muy lejos.

—¿Habéis oído? — preguntó Rapunzel.

—¿Me dices a mí, o a todas en general? — respondió Elga.

La joven de melena kilométrica suspiró crispada.

—Da igual. ¿Lo habéis oído o no?

—¡Es cierto! — dijo Cenicienta —. Parece que alguien está llorando.

Salieron del tronco, y de entre el resto de árboles asomaba una torre de piedra, coronada con un puntiagudo tejado de tejas color carmín.

—Deberíamos ir, ¿no? — preguntó Cenicienta con ganas de inmiscuirse en una nueva aventura.

—¡Aprendes rápido Cenicienta! — contestó Dulce.

Cruzaron varios árboles de grandes dimensiones detrás de Scott, que les iba abriendo camino con decisión. Parece ser que las chicas estaban empezando a contagiar al can con sus ganas de aventuras.

Cuando llegaron a la base de la torre, todas daban por hecho que Dulce iba a escalar hasta la ventana.

Y así fue. De un salto se apoyó sobre el primer saliente, después sobre unas ramas que invadían la tosca estructura, y finalmente accedió al dormitorio donde se encontró con una joven envuelta en lágrimas.

Dulce tuvo que acercarse a la joven, pues su incesante llanto no la hizo percatarse de su presencia. Posó su mano sobre su hombro, lo que provocó un respingo en la desconsolada mujer, y dijo:

—¿Por qué lloras?

La joven de pelo cobrizo secó sus lágrimas mientras, sollozando contestaba a Dulce.

—Soy una desdichada. Mi padre convenció al rey de que yo era capaz de convertir la paja en hilos de oro, pero yo sólo soy una simple campesina

— no pudo continuar pues el llanto se apoderó de nuevo de ella.

—Tranquila. No llores más. ¿Cómo te llamas?

—Estefanía.

Dulce observó la habitación pero no halló ni rastro ni de paja ni de hilos de oro.

—¿Y dónde está la paja que tienes que convertir?

—El duende que me ayudó la primera vez, también lo hizo una segunda. Pero ahora esto es una catástrofe. Le prometí que le entregaría a mi primer hijo si me hacía el favor de nuevo de transformar toda la paja que el rey había dejado en esta habitación.

—Entiendo — respondió Dulce con una tranquilidad pasmosa, como si nada de lo que contara Estefanía le afectara lo más mínimo — ¿Y por qué no huyes de aquí?

—No cambiaría nada. El duende me ha dado tres días para averiguar cuál es su nombre. En tal caso perdonará mi deuda y podré casarme con el rey. ¡Venga ya! ¿A otra que la quieren casar con un rey/príncipe? Dulce no daba crédito a esa moda que cada vez le ponía más de los nervios.

—No te preocupes Hegemonía.

—Estefanía.

—Eso —Aquí, cada loco con su tema—Vente con nosotras, y juntas conseguiremos adivinar el nombre del duende.

La joven, agradecida por la proposición de Dulce, la regaló un tierno abrazo que no pudo rechazar.

—Vamos, sígueme. Espero que no tengas miedo a las alturas — se apremió a decir Dulce mientras se sentaba sobre el alfeizar de la ventana.

—¿Dónde vas? ¿Por qué no bajamos por las escaleras y salimos por la puerta? — respondió Estefanía.

Está bien, viendo el currículum de Dulce, no era de extrañar que pensara que, como las demás, estuviera encerrada en aquel torreón.

Descendieron por los estrechos peldaños de la torre, y cruzaron una angosta puerta de madera que daba justo donde estaba el resto del

grupo.

Una por una, Dulce fue presentando a sus amigas y a Scott, que pareció caerle especialmente en gracia y se encaramó sobre Estefanía como si la conociera de toda la vida.

—Así que tenemos que buscar a un duende, ¿no? — preguntó Elga tras escuchar las explicaciones que recibieron.

—Correcto. Y tenemos sólo tres días. Si no, ese ser me arrebatará mi bebé.

—¡Anda! ¿Estás embarazada? — preguntó Cenicienta.

—No, ¿por qué lo dices?

—¿No dices que el duende se llevará a tu bebé?

—Claro, cuando lo tenga.

No había que ser muy inteligente para darse cuenta que si evitaba quedarse en estado de buena esperanza, el duende no tendría nada que llevarse. Y estoy seguro de que ellas pensaron lo mismo. Aún así, decidieron ayudarla.

—Ah, claro, entiendo. Tiene lógica — concluyó Cenicienta para evitar un absurdo intercambio de ideas.

Aquellas inocentes mancebas dedujeron que si el duende había visitado varias veces a Estefanía, seguramente no estaría muy lejos de la torre que ahora dejaban a sus espaldas. Así que decidieron recorrer todo el perímetro en busca de alguna cueva, casa, o choza que sirviera de guarida a aquel peculiar comerciante verde.

Rodeadas por la más densa de las vegetaciones, el sol ya se había ocultado tras las montañas, cuando el abrazo de la oscuridad les permitió ver la tenue luz de una fogata que brotaba a poca distancia de ellas.

Con la poca cautela que podía tener un grupo de personas atravesando un bosque con la única iluminación de las estrellas, se acercaron al lugar de donde venía la luz de las llamas.

Allí, ajeno a cualquier cosa, un hombrecillo de pequeña estatura y color verde, cantaba y saltaba alrededor de la hoguera de forma animada.

Se acercaron un poco más, y lograron escuchar la cantinela de aquel ser,

que decía así:

“Hoy tomo vino, y mañana cerveza, después al niño sin falta traerán. Nunca, se rompan o no la cabeza, el nombre de Rumpelstiltskin adivinarán”

Dulce miró de pronto a Estefanía.

—¿Es él? — susurró.

La joven afirmó con la cabeza sin articular palabra.

—¿Rampel...qué? — dijo Elga, también en voz baja.

Siguieron vigilando atentamente al pequeño duende saltarín, mientras repetía una y otra vez su cántico.

— Rumpelstiltskin — murmuró Estefanía, que se sentía orgullosa de haberlo pronunciado bien a la primera. Y no era para menos.

Sin pensarlo dos veces, salió de su escondite y se mostró ante la mirada atónita de aquel personajillo.

—¡Rumpelstiltskin! —exclamó — Tu nombre es Rumpelstiltskin.

El duende se detuvo de inmediato, y se quedó paralizado por unos segundos sin contestarla.

El silencio se volvió denso, y ninguna de las jóvenes podía aguantar ni un minuto más esa tensión.

Con su peculiar sombrero acabado en punta, el duende agachó la cabeza y dijo:

—Lo adivinaste. Has sido muy astuta siguiéndome hasta aquí. Ahora cumpliré mi promesa y te liberaré de tu deuda.

Estefanía miró al resto del grupo, que ya salía de su escondite, con lágrimas en los ojos. Lo había conseguido.

El fuego comenzó a crepitar con violencia, lanzando las llamas varios metros por encima de ellas, y acto seguido una densa humareda envolvió al duende y desapareció.

—Por fin podré ser madre, y podré casarme con el rey — dijo Estefanía llena de orgullo.

—Y cuéntanos, ¿cómo es el rey? — preguntó Elga.

—Es guapo y apuesto, como cualquier rey.

—Vale, ¿y? ¿Cómo os conocisteis? — intervino Dulce oliéndose cómo iba a acabar aquella historia.

—En realidad fue mi padre el que le conoció una vez que pasó por delante de nuestra casa con su séquito.

Y aquí hago otro inciso. Resulta que una vez, el rey pasó por delante de la cabaña de Estefanía, y su padre, para impresionarle le contó que su hija era capaz de convertir la paja en oro. Así, ésta podría casarse con él y cambiaría sus vidas para siempre. En resumen, una vez más la pobre Estefanía ni pinchaba ni cortaba en todo este asunto del matrimonio.

—¿Y de verdad te quieres casar con un hombre que apenas conoces de vista? — prosiguió Dulce.

La joven pelirroja la miró dubitativa.

—¿No es ese el sueño de toda mujer? ¿Ser la mujer del rey?

Dulce, con una media sonrisa miró a sus compañeras.

—Eso es lo que pensaba yo antes de conocer a Dulce — explicó Rapunzel.

—A mí me querían casar con el príncipe por pasar una noche durmiendo en una torre — añadió Elga.

—Y mi madrastra quería que contrajera matrimonio con otro príncipe simplemente por ser la dueña de un zapato de cristal — concluyó Cenicienta.

Por la cara que puso Estefanía, aquel tema del zapato se lo tenía que explicar más detenidamente.

Estefanía las miró una a una y se dio de bruces con la realidad.

—¿Y qué voy a hacer yo ahora?

—De momento venirme con nosotras, que no necesitamos ningún príncipe que cure nuestras penas — dijo animadamente Dulce.

Scott también se animó y comenzó a girar alrededor de la joven, con la lengua fuera y agitando la cola suplicando que aceptara la invitación.

De modo que, Dulce, Rapunzel, Elga, Cenicienta, Estefanía y Scott, hicieron el grupo más grande y se adentraron de nuevo en el bosque sin rumbo definido.

## Capítulo 7

### Capítulo 7

### Capítulo 7

Pasaron los días con sus respectivas noches, y las jóvenes se sentían cada vez más libres. Hacían lo que querían cuándo querían, y no había nadie que les impidiera estar así. A Estefanía le encantaba el pelo de Rapunzel, y casi todas las noches antes de acostarse le rehacía la trenza de principio a fin.

Fue una soleada mañana, cuando todas estaban a la orilla del río bebiendo agua y un hombre descendió colina abajo descontrolado, para acabar cubierto de agua y barro, revolcado en el río.

El chico, menudo y con unas mallas que acentuaban sus delgadas piernas, las miró sin saber muy bien qué hacer. Apuesto lo que sea a que estaba pidiendo a la Madre Tierra que se lo llevara de allí.

—¿Dónde vais tan raudo y veloz? —preguntó Rapunzel.

—He de entregar un mensaje al rey. La joven Escarlata está encerrada en la Torre del Dragón, y precisa que la rescate un apuesto y valiente príncipe.

—¡A! ¡Otro más! — exclamó Dulce después de escupir el agua con el que estaba haciendo gárgaras —¿Y no puede rescatarla cualquiera?

—¡No! ¡Por Dios! El Dragón es de las criaturas más poderosas que hay en estas tierras. ¿Sólo un príncipe es poseedor de tal valor para derrotarlo.

—Sí, claro — le contestó Dulce mientras arrancaba de sus manos el pergamino que llevaba escrito el mensaje — Entonces la Torre del Dragón está por allí, ¿me equivoco?

—Joven insensata. Todas moriréis envueltas por las llamas que brotan de sus fauces. — Y sin decir más, emprendió de nuevo el camino hacia el castillo del rey.

—Chicas, creo que el deber nos llama. Nunca mejor dicho. —¿Quién se apunta?

—Puede ser peligroso, ¿no? — contestó Estefanía.

—No luchéis contra esta pequeña pizpireta. Perderéis la batalla y ella, como siempre, saldrá victoriosa — intervino Rapunzel.

Estefanía miró a Elga.

—Creo que dice que da igual lo que digas, que vamos con ella y listo — aclaró.

Esta era la misión más importante, o por lo menos más peligrosa a la que se enfrentaban todas ellas, y aún así su valentía y su coraje las impulsaba hacia adelante sin temer a nada ni a nadie.

Caminaron durante días en la dirección en la que según el mapa del pergamino de aquel mensajero estaba la Torre del Dragón con Escarlata en su interior, prisionera. Salieron del bosque para continuar por un camino pedregoso, del cual tuvieron que apartarse bruscamente para dejar paso a un caballo que pasó ante ellas a toda velocidad.

A lomos de aquel bravo corcel, un caballero portando una hermosa armadura plateada, cargaba una larga espada y un yelmo decorado con plumas rojas.

Dulce no pudo dejar de pensar en el sufrimiento de aquel equino al cargar con el peso que suponía el jinete con su brillante atuendo.

Cuando la polvareda que había levantado el galope de aquel caballero descubrió de nuevo el camino, las jóvenes aventureras emprendieron la marcha hacia la Torre del Dragón, que comenzaba a vislumbrarse en la lejanía.

A medida que avanzaban, el calor las embriagaba cada vez más, y el olor a azufre invadía sus fosas nasales de forma irremediable.

Al final del sendero, llegaron a una árida montaña plagada de cenizas y restos de esqueletos de animales, y justo en el centro se hallaba la famosa fortaleza. Una fortaleza de piedra negruzca, con una gran torre central flanqueada por otras dos más.

—¿Y ahora qué? — se atrevió a decir Estefanía.

—Habrá que entrar, ¿no? — respondió Elga remangándose la blusa.

—Adelante, seguidme — continuó Dulce.

En fila india fueron cruzando el foso hasta pasar la gran puerta de madera

con adornos puntiagudos como si de lanzas se tratara.

Todo el castillo estaba sumido en el más tenebroso de los silencios. El ambiente era frío y húmedo. Una humedad que se hundía en los huesos de cada una de ellas, poniéndolas la piel de gallina.

Se adentraron en la gran sala central, de dimensiones muy similares a las del palacio donde Cenicienta tuvo su baile con el príncipe, pero no encontraron nada. Cruzaron una puerta lateral que conducía a otra sala mucho más pequeña y allí se llevaron el susto de sus vidas.

Un grito desgarrador, agudo y penetrante las sobresaltó repentinamente. Dulce, que supo mantener la compostura dijo:

—¿En serio has gritado tú así? — Al fondo de la sala, un fornido hombre empuñando una espada se quedó mirándolas tembloroso.

—¿Quiénes sois? — preguntó.

—¡Anda! Pero si es el caballero de antes — dijo Elga.

Dulce seguía mirándole con los ojos como platos, sin pestañear.

—No, en serio. ¿De verdad has gritado tú así?

El caballero prefirió obviar la respuesta y envainó de nuevo su espada, irguiéndose para adoptar una postura más brava y digna de un valiente caballero.

—Mi nombre es Sir James, y vengo a rescatar a la bella Escarlata de las garras del temible Dragón — se presentó sobreactuando — y ni vos, ni nadie podrá impedírmelo.

—Mira, Rapunzel, otro que habla como tú — dijo Dulce mientras se acercaba a Sir James y daba unos golpecitos a su armadura. —¿Y puedes moverte con esto? —le preguntó.

—Mi armadura está fabricada con el más fuerte de los metales, y forjada por los mejores expertos de todo el reino.

De pronto, un rugido de origen desconocido hizo tambalear toda la sala. Los cuadros que decoraban las paredes se descolgaron y cayeron al suelo partiendo sus delicados marcos de madera fina. El temblor ocasionado por aquel sonido, hizo que se desprendiera también parte de la pintura que cubría el techo, tiñendo el suelo de un curioso color grisáceo y dorado.

En el momento que volvió la tranquilidad, las cinco chicas se miraron mientras se sacudían el polvo de sus trajes, cuando se dieron cuenta de

que Sir James, presa del miedo se había escondido tras el menudo cuerpo de Dulce.

Éste, siendo consciente de su actitud cobarde, y de que aquellas damas lo habían visto todo, de un salto volvió a colocarse en posición, y preguntó con voz grave:

—¿Están todas bien?

—¿Sí, princesa, y vos? —se burló Dulce del pobre caballero.

Como casi todo el mundo que conoce a Dulce por primera vez, el joven Sir James tampoco la soportaba. Le parecía engreída e inmadura, y estaba echando a perder su intento de aparentar una valentía que hasta él sabía que era inexistente.

Tras una mirada fulminante, Sir James se dirigió a todos los presentes (también a Scott, que no me olvido de él):

—No debo demorarme más. La bella Escarlata me necesita. —Y salió por la puerta, separándose del grupo.

—¡Adiós Sir James! Puff no soporto a estos tipos — dijo Dulce agitando la cabeza de un lado a otro.

—A ver, chicas, yo creo que Escarlata debe de estar en una de las dos torres — explicó Elga.

—¿Pero cómo sabremos qué torre es? —intervino Cenicienta.

—Tampoco hay mucho dónde elegir, ¿no? — respondió Estefanía mientras acariciaba la cabeza a Scott.

Una vez más un fuerte y contundente rugido hizo temblar los cimientos de la sala donde se encontraban.

—No deseo inmiscuirme, pero si la joven Escarlata se halla custodiada por un feroz dragón, tal vez debamos seguir el sonido de esos rugidos para llegar dondequiera que se halle presa. ¡Ay, pobre y desdichada Escarlata! Cuán terribles atrocidades habrá padecido en su encierro — dijo Rapunzel (Aunque algo me dice que ya sabíais quién había hablado)

—¡Mira qué lista! —respondió Dulce.

—¿Cómo no hemos podido caer en eso? — secundó Elga.

—¡Vamos! ¡Por allí! — gritaron todas al unísono. Todas menos Rapunzel,

que todavía se estaba arrepintiéndolo de su intervención.

—¿Pero vamos a ir donde está el dragón? —preguntó atemorizada.

Dulce y Elga, sin responderla (yo creo que para evitar otro de sus sermones) la agarraron de las manos, y tiraron de ella para sacarla de la sala.

Los rugidos no se oían demasiado lejos, además el eco de los altos techos de la nave central del castillo intensificaban aún más el sonido, haciendo parecer que el feroz dragón se encontraba justo de detrás de ellas.

Caminando con prudencia, y evitando hacer demasiado ruido, fueron recorriendo cada rincón de la fortaleza que, dicho sea de paso, parecía mucho más pequeña vista desde el exterior.

Finalmente, llegaron a lo que parecía ser la parte más alejada de la puerta principal, justo al final del castillo. Era la entrada a uno de los torreones, el que probablemente encerrara a la joven Escarlata.

Custodiando el acceso a las escaleras de la torre yacía dormido un gigantesco dragón de piel rojiza y escamada. Su fiero rostro de hocico afilado lo decoraban dos cuernos de casi un metro de largo cada uno. Esa criatura era tan grande que apenas dejaba ver la puerta por la que tenían que pasar nuestras aventureras. Su enorme abdomen se elevaba y descendía al ritmo de sus ronquidos, y cada vez que resoplaba, el olor a azufre era nauseabundo.

—No hagáis ruido. No podemos despert... —intentó decir Elga antes de ser interrumpida.

—¡Vos! Fiera criatura. Despertad y enfrentaos a mí, Sir James. Probaréis el filo de mi espada, y rescataré victorioso a mi amada Escarlata.

Con una palmada en la frente mostrando total incredulidad, Dulce no pudo más que decir:

—Madre mía, este tío es retrasado. (No no lo hubiera dicho mejor)

Los gritos de Sir James (poco masculinos, todo hay que decirlo) hicieron que los ojos del dragón se abrieran de par en par. La mirada de la criatura mostraba enfado, ira (normal, la acababan de despertar), y pronto desató su cólera contra el caballero que la retaba.

En pie sobre sus dos patas traseras, lanzó una bocanada de fuego directamente de su boca que derritió la "fuerte" armadura de Sir James, y le dejó contra la pared con la única protección de su espada (mira, esa sí parecía ser más resistente) y una ridícula camiseta interior blanca, a juego

con sus calzoncillos del mismo color.

—Vale, vale, me rindo. Déjame marchar —farfulló Sir James.

El dragón, que no tenía muy buen despertar, no parecía estar muy de acuerdo con su propuesta, y se fue acercando lentamente hacia él. El caballero, cerró los ojos, ladeó su cabeza y blandió su espada sin control de un lado a otro, y de arriba abajo (como si eso fuera a servir de algo).

Las chicas miraban la escena desde detrás de una de las columnas que recorrían todo el pasillo central de la nave.

—Vamos chicas —dijo Dulce — que como tardemos un poco más, nos lo hace vuelta y vuelta.

Las cinco valientes salieron de su escondrijo y comenzaron a gritar y a agitar los brazos para llamar la atención del dragón.

La criatura, sorprendida por tal algarabía, torció su largo cuello y las miró fijamente. Sus fosas nasales se hincharon, dando paso a otra nueva bocanada de fuego.

Previsoras ellas, se cubrieron a tiempo cada una detrás de una columna. Después, cuando la llama cesó, corrieron alrededor del dragón y se escondieron detrás de otras columnas, luego de otras, y al poco tiempo detrás de otras diferentes.

Yo no entiendo mucho de dragones, pero por la cara que tenía aquel, estaba a punto de desmayarse del mareo que tenía.

Fue entonces cuando Rapunzel deshizo su trenza kilométrica, y mientras Elga ataba un extremo en la columna (era toda una experta en nudos marinos), Rapunzel junto con Dulce, corría de un lado a otro de la sala, pasando por detrás de cada pilar hasta formar un ingenioso entramado de cabello por todo el suelo de la sala.

Entonces, cuando el dragón quiso dar un paso hacia ellas, cayó de golpe contra el suelo tras tropezar con la improvisada trampa que las jóvenes aventureras acababan de crear.

Fue tan violento del golpe de aquella criatura, que el castillo comenzó a temblar, y grandes piedras caían del techo empezando lo que sería una destrucción total de aquel sitio.

—¡Rápido! ¡A la torre! — gritó Elga mientras deshacía el nudo que había hecho en la columna.

Las cinco fueron junto a Scott hacia la puerta del torreón, y ascendieron las escaleras de piedra a toda velocidad. Entre ruidos de rocas, pilares cayendo contra el firme, y los gritos de Sir James, que se oían desde lo alto de la torre, llegaron a la habitación donde las recibió Escarlata.

—Un placer guapa. Yo soy Dulce. ¡Rapunzel, tu trenza! —dijo sin perder tiempo y acercándose a la ventana.

Como en los viejos tiempos, la joven hizo descender su cabello dorado (aunque con el polvo que había, poco de dorado le quedaba) por la ventana, y una a una todas fueron bajando hasta tierra firme donde se encontraron con Sir James, que había logrado escapar por la puerta principal.

—Oh, mi amada y querida Escarlata. He venido hasta aquí para acabar con la vida del fiero dragón que os tenía prisionera, y llevaros conmigo para celebrar la más bella de las bodas.

—¿Y este quién es? —preguntó Escarlata.

—Le repito bella dama, que soy Sir James, reconocido caballero que ha vendido a salvarla para llevarla de vuelta al reino y consumir nuestro matrimonio.

—¿Contigo? ¿Pero por qué? —respondió la joven.

—¡Aha, otro más que se queda para vestir santos! — dijo Dulce entre risas.

—Además han sido ellas las que me han salvado.

—Ya, pero...

—Que no, que me quedo con ellas. Puedes decir que me has rescatado si quieres, pero yo no vuelvo allí contigo ni loca. Sin ánimo de ofender, claro — y concluyo su discurso con una elegante reverencia.

Con una nueva integrante más en el grupo, que cada vez se hacía más grande, las audaces y valientes protagonistas volvieron a emprender su empresa de ayudar a sus semejantes, por todos los reinos con los que se cruzaran.

## Capítulo 8

### Capítulo 8

Varios meses pasaron cruzando mares y montañas hasta encontrarse con una pequeña casa de madera en medio de un bosque poblado de altos pinos y alcornoques. El hambre apretaba, y pensaron que tal vez los dueños de esa diminuta cabaña podrían ofrecerles algo para llevarse a la boca.

Llamaron a la puerta, que se abrió sin dificultad, mostrando un pequeño comedor con la mesa puesta y tres platos sobre ella.

—¿Hola? — preguntó Dulce desde la entrada.

Nadie respondió.

—¿Hay alguien? — dijo también Estefanía.

Silencio.

—Chicas, este no es nuestro estilo, pero mis tripas mandan — Dulce entró en la cabaña y fue directa a los platos de sopa que había frente a ellas.

Metió un gran cucharón en uno de ellos y sorbió como si no hubiera un mañana.

—¡Cómo quema! — exclamó

Cenicienta, que se decantó por el plato que estaba al lado, dijo:

—Pues este está frío como el hielo.

—No hay que ser muy inteligente — dijo Elga mientras mezclaba la sopa caliente con la sopa fría. — ¡A comer!

Las seis chicas dejaron los platos secos y recobraron las fuerzas que estaban empezando a desaparecer después de su largo viaje.

Dispuestas a volver a retomar su camino, un ronquido disfrazado de suspiro las alertó de que no estaban solas. En silencio, se asomaron a una de las habitaciones y vieron tres camas; una grande, otra mediana, y otra más pequeña. Sobre esta última, una joven estaba durmiendo sin percatarse de la inesperada visita de nuestras aventureras.

Su simple presencia bastó para sacar de su letargo a la joven muchacha,

que las miró asustada desde la cama.

—Perdonad nuestra osadía, pero el hambre apremiaba y no hemos podido contenernos ante tu excelente guiso — se excusó Rapunzel.

—¿Sois las dueñas de la casa? —preguntó la joven.

—¿No vives aquí? —intervino Dulce.

—No, me perdí de vuelta a mi casa y encontré esta casita vacía. Apenas pude comer, porque el único plato con sopa templada era demasiado pequeño. Cuando terminé, el sueño hizo que quisiera dormir un rato. Esa cama —dijo señalando la más grande— era demasiado dura, esa otra demasiado blanda, y esta, aunque es la más pequeña es la más cómoda de las tres. Así que no pude resistirme.

—¿Y cómo te llamas? —preguntó Estefanía.

—Ricitos de Oro, encantada.

La muchacha, que no tendría más de trece o catorce años, tenía un cabello cegadoramente rubio con unos graciosos tirabuzones que se posaban sobre sus hombros.

—Entonces, si tú no vives aquí y nosotras estamos de paso, ¿de quién es esta casa, y de quién es la sopa que nos hemos comido?

Un portazo las asustó y se asomaron desde la habitación hacia el comedor. Allí tres osos acababan de entrar y miraban atónitos sus platos vacíos. El más grande gruñía al ver que alguien se había comido su sopa, la madre, de menor tamaño, daba un golpe en la mesa con su garra al darse cuenta de lo mismo, y el pequeño oseño lloraba al haberse encontrado su plato también vacío.

—Yo no sé vosotras, chicas, pero yo no me quiero quedar a ver qué hacen tres osos hambrientos cuando nos encuentren — dijo Dulce encaramándose a la ventana.

Sin prisa pero sin pausa, fueron saliendo una a una de aquella cabaña de una sola planta, para perderse de nuevo en el bosque.

Ya lejos de aquellos nada inofensivos animalitos, Dulce, Elga, Rapunzel, Estefanía, Cenicienta y Escarlata ayudaron a Ricitos de Oro a encontrar el camino de vuelta a su casa. Gesto que agradeció la muchacha deseándoles mucha suerte en el futuro.

—Parecía simpática la chiquilla, se podía haber unido a nosotras —dijo

Elga.

—Quita, quita, para una a la que no quieren casar con un príncipe...  
—respondió Dulce.

## Capítulo 9

### Capítulo 9

Las chicas siguieron su camino hacia ninguna parte, surcando océanos y cruzando selvas y montañas, hasta que llegaron, una vez más, a un lugar misterioso y desconocido pero con un castillo que hasta ese momento, era el más bonito y majestuoso que habían visto durante toda su andadura.

—Madre mía, ¡ese castillo es precioso!—exclamó Cenicienta.

—¿Quién vivirá allí?—preguntó Estefanía completamente asombrada mientras oteaba las finas elegantes torres de piedra blanca que flanqueaban la fortaleza.

—Averigüémoslo — se animó a decir Dulce, que ya estaba caminando hacia el castillo.

Descendieron una extensa colina cubierta de césped y pequeñas florecillas, hasta que llegaron a los muros que protegían el castillo. Como era de día, la puerta estaba abierta, y dos robustos guardas la custodiaban portando cada uno una lanza decorada con lo que suponían que era la bandera del reino.

Las jóvenes aventureras se quedaron mirándoles desde el otro lado del foso, pensando cómo podrían ingeniárselas para escabullirse de ellos y colarse sin ser vistas en la fortaleza.

—Creo que podríamos abatirles. Somos más, y no podrían defenderse —propuso Elga.

—O tal vez mientras una les entretiene, el resto les puede empujar al foso —añadió Cenicienta.

Estaban tan inmersas en sus estrategias, que no se percataron de que Rapunzel se había separado del grupo y estaba cruzando el puente hacia la entrada.

—Ay madre, que la va a liar —dijo Dulce llevándose las manos a la boca.

La joven y bella Rapunzel pasó varios minutos dialogando con aquellos centinelas, y transcurrido ese tiempo, se giró hacia el resto del grupo e hizo una señal para que se acercaran.

Finalmente cruzaron las murallas mientras los guardas mantenían sus miradas al frente y se postraban en posición de firmes uno a cada lado de

la puerta.

—¿Pero cómo lo has hecho? ¿Cómo les has convencido para que nos dejaran pasar? —preguntó Elga.

—Ay... cuán desconfiadas sois. En ocasiones basta con una simple y educada petición de permiso para lograr que dos gentiles caballeros cedan a tus deseos.

—Pues... gracias. Supongo —concluyó Dulce ya dentro de la fortaleza.

Aquel lugar era tan hermoso como lo parecía desde fuerza. Cada rincón estaba iluminado por una luz radiante que no se sabía muy bien de dónde procedía, pero que le daba un aspecto de ensueño.

Llegaron al centro de la plaza principal, y se sorprendieron con el contraste que daba a aquel reino, una columna de humo denso que brotaba de una hoguera rodeada por una densa multitud.

—¿Qué estáis quemando?—preguntó Dulce a una campesina que miraba atónita las llamaradas.

—Ruecas. El rey ha pedido que quememos todas las ruecas del reino para proteger a la princesa. Hoy es el día en el que la princesa Aurora se pinchará con el huso de una rueca y caerá en un sueño profundo toda la eternidad.

La montaña de madera era inmensa, y el humo empezaba a ocasionar los primeros ataques de tos en algunos de los presentes. Eso hizo que nuestras aventureras se retiraran de la muchedumbre para descansar en una humilde taberna en la que sólo estaba el tabernero limpiando con un paño unas jarras de cristal.

—¿Qué puedo servirles?

—Chicas, ¡vamos a darnos un capricho! —dijo Dulce— ¡Pónganos la bebida especial de la casa!

El tabernero, un hombre de unos cuarenta años, barrigudo, y con un gracioso bigote que apenas dejaba ver sus labios, colocó varios vasos en fila delante de las muchachas, y les sirvió un líquido rojizo similar al ron. Cuando los vasos estaban llenos casi en su totalidad, el hombre encendió una cerilla y la pasó por encima de casa uno ocasionando una curiosa llama de color azul, que se esfumó rápidamente delante de los ojos de las chicas.

—¡Wow! —exclamó Dulce mientras cogía su vaso.

El resto la siguieron, y de un trago se lo bebieron todo. A todas pareció gustarles aquella bebida, porque en cuanto dejaron el vaso sobre la barra de la taberna, Elga se dirigió de nuevo al hombre y le pidió otra ronda.

Estaba sirviendo los últimos vasos, cuando de pronto una mujer irrumpió en el local. Estaba sudando, con claros síntomas de un ataque de ansiedad. Como si fuera un tic nervioso, acariciaba de arriba abajo su mandil mientras tartamudeando lograba decir:

—Au... Au... Aurora. Se ha... se ha... pinchado. Ahora... ahora... duer... duerme. ¡Horror!

Otro pequeño inciso. Resulta que hace años los reyes celebraron una fiesta en honor de su recién nacida hija Aurora. Al convite acudieron todos los habitantes del reino. Bueno, todos menos la malvada Maléfica (cuyo nombre le venía como anillo al dedo), que acabó auto invitándose a la fiesta. Para salir del paso, los reyes se inventaron que no la habían invitado porque no les quedaban platos (de las peores excusas que he oído, vaya), así que Maléfica, llena de furia encantó a Aurora con un hechizo que decía que cuando cumpliera 16 años, se pincharía su dedo con el huso de una rueca (de ahí que las estuvieran quemando todas), y moriría. Pero como de las tres hadas madrinas; Flora, Fauna, y Primavera, había una que le tenía que dar un don todavía (debía de ser una costumbre de la época), ésta decidió que Aurora no moriría sino que se dormiría hasta que recibiera un beso de amor. Y aclarado esto, podéis continuar.

Las seis chicas y Scott se giraron hacia la mujer, y entendieron que la gran hoguera que se erguía por encima de los muros no había servido de nada, pues la princesa Aurora finalmente se había pinchado con el huso de una rueca, como había dicho la mujer de la plaza.

Pagaron al tabernero y salieron a toda prisa por la puerta, siguiendo la riada de gente que recorría los estrechos callejones que conducían al castillo del rey, donde yacía dormida la princesa Aurora.

—¿Está muerta? —preguntó Cenicienta.

—No, está dormida, y sólo un verdadero beso de amor romperá el hechizo de la bruja —contestó una aldeana envuelta en lágrimas.

Pasaron horas en las que todos los habitantes del reino visitaban los aposentos donde yacía Aurora, llorando su pérdida y dando el pésame al rey y la reina, que se mostraban desconsolados pese al gran baño de

masas que estaban recibiendo.

Cuando todo había parecido calmarse y el sol ya se escondía tras el horizonte, Dulce y sus amigas decidieron esconderse tras unas enormes cortinas de terciopelo rojo que cubrían la ventana. Su curiosidad pidió que se quedaran a solas con Aurora para ver si podían ayudarla de alguna manera. Elga cogió su mano, la levantó y la soltó a pocos centímetros de la cama, observando cómo caía sin oposición contra el colchón. Movía su barbilla ligeramente hacia los lados, pero la princesa no respondía.

La más afectada era Estefanía, que rompió a llorar al verse impotente en la empresa de despertar a aquella bella joven. Admiraba cada centímetro de su piel, suave y tersa del color de las nubes. Su cabello escrupulosamente peinado, caía ligeramente por uno de los laterales de la cama, y sus finos labios rosados eran perfectamente simétricos. Sus labios...

Mientras el resto del grupo buscaba por la habitación algo que les pudiera servir, Estefanía luchaba por contenerse ante la belleza que emanaba del cuerpo de Aurora. Esa fuerza la atraía como un imán tan potente, que no pudo más que juntar sus labios con los de la princesa, fundiéndose en un dulce y cálido beso.

Cuando se separó para volver a admirar su hermosura, la joven Aurora cogió una bocanada de aire mientras abría los ojos y clavaba su mirada en Estefanía.

—¿Tú? ¿Tú me has despertado? —dijo la joven princesa.

Estefanía se sonrojó y apenas se pudo oír su respuesta.

—Lo... lo siento. Yo sólo quería...

—Sólo un beso de amor podría despertarme — susurró mientras agarraba la mano de Estefanía y se la llevaba a su pecho.

—¡Toma ya! —exclamó Dulce — Ahora entiendo por qué no quería saber nada de su príncipe — continuó diciendo con una sonrisa pícara.

Estefanía, sorprendida por su repentino sentimiento hacia aquella joven, pero mucho más por verse correspondida, decidió empezar a forjar su futuro con Aurora, lejos de aquellas murallas, cosa que el resto del grupo acogió con enorme orgullo, deseándolas la máxima prosperidad desde ese instante en adelante.

Todas ellas descendieron por el torreón a través de la trenza de Rapunzel, para evitar ser descubiertas por los reyes, que jamás consentirían que la nueva pareja de su amada hija fuera una persona ajena a la realeza, y

mucho menos que fuera del sexo opuesto.

Alejadas de la fortaleza y cobijadas por la frondosidad del bosque de cipreses y acacias, la joven Estefanía y la bella Aurora se despidieron de sus amigas para emprender un nuevo viaje juntas con mucho amor por delante.

## Capítulo 10

### Capítulo 10

Mientras, en una región no muy lejana, los hunos habían invadido China. El emperador decidió formar un ejército compuesto por un varón de cada familia para luchar contra su líder, Shan Yu, y recuperar sus tierras.

Ávidas por más aventuras, las jóvenes protagonistas deciden esta vez, establecer su destino en aquel país oriental.

Una vez allí, bajo las ramas de olmos, tilos y arces, Dulce, Rapunzel, Elga, Cenicienta y Escarlata se vieron metidas de lleno en un fuego cruzado entre el ejército de los hunos y el del Imperio Chino. Escondidas tras los troncos y las rocas del lugar, escuchaban los estridentes silbidos de las flechas volando por encima de sus cabezas. Con unos ágiles movimientos, lograron escabullirse y esconderse tras unas rocas que les sirvieron de escudo.

Con la seguridad de aquel escudo improvisado, nuestras protagonistas pudieron relajarse hasta que todo pasara, o hasta que un soldado chino saltara de pronto para resguardarse donde se encontraban ellas, como fue lo que pasó.

Aquel hombre, que hizo caso omiso a las miradas de las chicas con las que se acababa de encontrar, se quedó quieto con la espalda pegada a la roca, sin pestañear ni decir una palabra.

Por encima de la roca pasó volando un soldado del bando contrario sobre un caballo con traje rojizo, que pareció que estaba persiguiendo al muchacho, y al que él, hábilmente, supo evitar.

Después, tranquilidad, silencio, y polvo, mucho polvo. Cada soldado abandonó la zona de conflicto para volver a su campamento base y valorar los daños y bajas. En el medio de los dos bandos, Dulce y compañía, junto con aquel nuevo amigo, valoraban si salir o esperar un tiempo.

—¿Ya se han ido? —preguntó Cenicienta.

—Podemos salir —dijo el soldado con una voz sorprendentemente femenina.

Fueron saliendo una a una de su escondite hasta que finalmente aquel soldado misterioso se plantó delante de ella dispuesto a hablar.

—Gracias por compartir vuestro escondite —dijo mientras sacaba su larga melena que escondía tras el cuello de la camisa de su traje. —Mi nombre es Mulán.

—¿Eres una chica? —preguntó Dulce

—Así, es. Aunque todos piensan que soy un hombre, y por eso me tengo que disfrazar —respondió haciendo gestos con dos dedos de cada mano a modo de comillas.

Y aquí o vuelvo a explicar un poco. El padre de Mulán fue a combatir al frente, y aunque era de avanzada edad, aceptó por una cuestión de honor. Entonces Mulán, que no se quería separar de él, se coló en el ejército vestido de hombre para que la aceptaran. Así, consiguió luchar para defender a su país, que le daba un entrenamiento disciplinado y eficiente para poder combatir y salir victoriosa.

—¿Y esa espada? —preguntó Dulce, que nunca había visto un arma tan de cerca.

—Es la espada con la que nos entrenan para combatir.

Las cinco chicas escuchaban ilusionadas todo lo que les contaba Mulán. Les parecía muy curioso que por fin hubieran conocido a una chica que peleara, y que lo hiciera con una espada.

—¿Nos enseñarías a usarla? —preguntó Dulce.

—Es fácil, os enseñaré a todas, estaré encantada.

Una vez reunidas en un claro del bosque, Mulán les indicó por dónde debían partir para no entrar en zona peligrosa, y poder seguir por su camino sin ningún peligro al acecho.

Durante el agradable paseo, la joven oriental iba enseñando a las chicas cómo es la manera correcta de coger una espada, de envainarla y desenvainarla, y de blandirla en el aire.

Después dejó a cada una de ellas, que probara con un improvisado soldado hecho de ramas y restos de madera que encontraron por la zona, y finalmente, cuando el sol estaba a punto de ponerse, llegó el momento en el que Mulán debía volver con su escuadrón.

—¿De verdad tienes que irte? —preguntó Dulce con un puchero.

—Tengo que irme, debo ayudar a mi ejército a luchar contra los hunos.

—¡Oye! Se me ocurre una idea. ¿Y si te unes a nosotras en nuestra aventura de ayudar a los demás? Seguro que tu ejército podrá apañárselas solo —dijo Elga mientras tiraba de una de las mangas de Mulán como un niño pequeño mendigando un caramelo.

—¿Ayudar a los demás? Me gusta la idea. ¿Qué armas tenéis?

Dulce miró de lado a lado y cogió una piedra del suelo.

—¡Esto! —exclamó —¡Y al más fiero de los animales! —dijo señalando a Scott, que le siguió la parodia con un intento de rugido.

Mulán sabía que en su ejército, que todo el mundo la tenía tomada con ella, no podría ayudar tanto como lo haría uniéndose a sus nuevas amigas. Así que aceptó su propuesta y día tras día fue enseñando las artes de la defensa y la técnica de las armas a un grupo, que cada vez era más autónomo y hábil tanto con herramientas como con el arco y las flechas, la espada, la honda, o cualquier otro arma que pudieran fabricar con sus propias manos.

Y así fue como 6 jóvenes intrépidas y su valiente can, lejos de las garras del amor impuesto por sus príncipes y familiares, formaron su propio ejército, que si bien carecía de numerosos efectivos, poseía otras virtudes como la lealtad que se juraron entre ellas, la libertad, la valentía, y el coraje que tiempo ha nadie les hubiera adjudicado.